

“Las tres banderas” del peronismo: ¿una agenda para el siglo XXI?

Carlos Ciappina*

“Por eso nosotros hemos luchado sin descanso para imponer la justicia social que suprimiera la miseria en medio de la abundancia; por eso hemos declarado y realizado la independencia económica que nos permitiera reconquistar lo perdido y crear una Argentina para los argentinos, y por eso vivimos velando porque la soberanía de la patria sea inviolable mientras haya un argentino que pueda oponer su avance a toda prepotencia extranjera”.

J.D. Perón¹

Proyecto Nacional, Estado Nacional, Identidad y Pensamiento Nacional, reestatización, nacionalización, son frases y palabras que han vuelto, no porque expresen una moda sino porque constituyen, luego de treinta años de desestructuración de la nación, el retorno de ideas y símbolos que en su momento fundaron los principios de una República más justa y equitativa.

De ese acervo de ideas y experiencias que expresan los deseos y aspiraciones de la gran mayoría de los habitantes de la nación, proponemos también recuperar y actualizar las que se llamaron las tres banderas del peronismo.

Todas las expresiones que constituyen la tradición nacional y popular serán, por lo tanto, valiosas en esta tarea de construcción de la nación, proponiendo que pasen precisamente de ser un acervo particular a constituirse en principios de carácter nacional y, a través del debate y la concientización, como programa o agenda de acción.

A. Crítica a la concepción global: la necesidad de un nosotros

Corren épocas de desideologización, donde todavía retumban los ecos del “fin de la historia”² y donde persiste la idea de un paraíso futuro donde el complejo tecnológico-económico-comunicacional global³ permitirá alcanzar el bienestar y la felicidad individual a cada uno de los habitantes del planeta.

Hasta las miradas profundas y críticas describen (sin anunciar salidas colectivas ni oposiciones) el carácter inmaterial, fugaz y etéreo de nuestra vida contemporánea, nuestra “vida líquida”⁴, que no permitiría asentarnos en nada sólido,

* Lic. en Historia. UNLP. Maestría en Política, Evaluación y Gerencia Social. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. FLACSO. Docente UNLP. Secretario Ejecutivo del Instituto Provincial de la Administración Pública (IPAP).

¹ Perón, Juan Domingo. **La hora de los pueblos**. Ediciones Argentinas, Bs. As. 1973. pág. 39.

² Fukuyama, Francis. **El fin de la historia y el último hombre**. Ed. Planeta, Barcelona, 1992.

³ Feinmann, José Pablo. **La filosofía y el barro de la historia**. Capítulo: “Descartes: el sujeto capitalista. Suplemento diario Página 12, agosto 2007.

⁴ Bauman, **Modernidad líquida**, Bs. As., FCE, 2003.

pues todo está sujeto a la volatilidad permanente (informativa, laboral, identitaria, emocional, y así sucesivamente...) de un mundo cada vez más globalizado.

La acción colectiva, el deseo conciente de miles de seres humanos, sus tradiciones, escalas de valores, experiencias socialmente construidas, quedarían, si atendiéramos a esta nueva realidad, en una penumbra que en el mejor de los casos refiera al folclore o a aquellos que se quedan aferrados al pasado parcializado y particular de sociedades atrasadas y perimidas.

Vuelve a aparecer, con un nuevo ropaje, mejorada, corregida y aumentada la dicotomía progreso/civilización o barbarie.

¿Por qué vuelve a aparecer?: Porque no es nueva en nuestra historia:

Durante el siglo XVI Europa encarnaba la “civilización”. Desembarcada en América y el mundo de la mano de la conquista, la evangelización y los mercaderes ingleses, holandeses, portugueses, españoles y franceses, Europa postulaba que las sociedades originarias debían convertirse (en el sentido integral de la palabra) a la nueva realidad olvidando sus cosmovisiones culturales y religiosas, su organización económica y política, en fin, ser otra cosa de lo que eran.

Los siglos XVIII y XIX vieron una nueva versión de esa dicotomía entre civilización y barbarie, pero esta vez encarnada en una nueva visión “Universal”: las luces y la ilustración que desembocaron en la Revolución Francesa y la instalación de un nuevo orden económico, político y social que Europa pretendía nuevamente único y civilizado. Para nosotros como latinoamericanos, significó, no sólo renegar de nuestras tradiciones aborígenes sino, y al mismo tiempo, de la hispánica, en tanto ambas representaban el “pasado”.

La concepción liberal le aplicó a lo hispánico, el mismo criterio que España le había aplicado a las sociedades originarias latinoamericanas. Para fines del siglo XIX la dicotomía “civilización y barbarie” significó (como en el siglo XVI) mucho más que un debate intelectual. Sobre la base de los principios universales que Europa pretendía superiores, nuestras elites dirigentes se lanzaron a la reconversión forzada de nuestras sociedades: laicismo como principio educativo y de la vida civil, la persecución y exterminio de las sociedades originarias, instalación de las formas capitalistas (en su versión dependiente y depredatoria) y el enaltecimiento de lo “blanco” como lo bueno y deseable.

Ya no eran los mercaderes sino los financistas e industriales ingleses, franceses, alemanes, norteamericanos, etc. quienes acompañaban esta visión de lo que la civilización debía ser.

Aún el siglo XX vería aparecer una nueva cosmovisión universal, enunciada como absoluta y, curiosamente, al igual que la liberal-iluminista, como inevitable: las distintas versiones del marxismo diferían en relación a tiempos, rol de las distintas clases sociales, el papel de la economía, la cultura o la política. Pero todas coincidían en una cosa: el socialismo era inevitable porque así lo establecían las leyes de la historia. La sutileza y riqueza del pensamiento marxista se perdía fuertemente en la aplicación esquemática de la dialéctica a todo el desarrollo de la historia (y a su futuro) y en las versiones del socialismo “real” (en las burocracias pretendidamente socialistas) y los dictámenes del mundo soviético (y sus consecuencias en los países satélites y con su propio pueblo).

Al mismo tiempo, las masacres de regímenes como el del Pol Pot en Camboya o los de Albania o Polonia mostraban las limitaciones de buscar “encajar” a las sociedades

del Tercer Mundo en los esquemas preconcebidos por los intelectuales del mundo central, aún desde el campo socialista.⁵

Precisamente, las versiones menos esquemáticas de esta perspectiva surgieron en movimientos populares en América Latina: no pocos roces tuvieron las experiencias Cubana y Chilena con la rigidez de la perspectiva soviética que consideraba “desviaciones” a la intención de construir un modelo socialista que respetara la idiosincrasia y realidad de su propio pueblo: no es casual que estas experiencias más “nacionales” que socialistas hayan seguido caminos diferentes a los soviéticos: una Revolución (la cubana) sigue su curso aún hoy pese a la agresividad imperial y la otra (la chilena) haya sido abortada no por la movilización popular sino por una de las dictaduras más feroces del siglo XX, precisamente en contra de la movilización popular.⁶

Así llegamos al inicio de nuestro relato: el fin del socialismo “real” fue interpretado, curiosamente, no sólo como una muestra de sus propias limitaciones, sino que en una simplificación grosera (aunque muy amplificada por los intelectuales del sistema y los medios masivos de comunicación) como la prueba de que el capitalismo en su versión más individualista y salvaje era exitoso y deseable. En las sombras quedaban las (para mencionar sólo las del siglo XX) falencias y fracasos de un modelo societario (el del propio capitalismo) que había generado dos guerras mundiales, al fascismo y el nazismo, la crisis de 1930, millones de pobres y excluidos en las colonias de todo el mundo, y masacres verdaderamente “bárbaras” en aquellas sociedades que quería descolonizarse (Argelia, Vietnam, el Congo) o en aquellos países que pretendían llevar adelante proyectos más justos de organización social (por ejemplo el apoyo a las dictaduras pretorianas en América Latina) sólo para mencionar algunos puntos curiosamente olvidados.

Hoy, a principios del siglo XXI, esta vieja dicotomía entre civilización y barbarie adquiere una nueva forma.

La globalización sostenida en la revolución tecnológica y comunicacional vuelve a ser mostrada como “lo deseable” y las pautas, modelos societarios y económicos que proponen las sociedades centrales, como la panacea que las sociedades “atrasadas” (aquí se engloba a los países africanos, las naciones árabes, los gobiernos nacional-populares en América Latina) deben abrazar para gozar de los beneficios de la civilización.

Nuevamente, cosmovisión global y economía van de la mano: se sostiene que cuanto más rápido se pierdan las particularidades regionales y nacionales y se modifiquen las pautas identitarias que resisten a la globalización más rápido “entrarán” las sociedades periféricas a esta nueva modernidad.

Más aún, la “aldea global”⁷ es, por obra y gracia de una nueva simplificación, presentada como igualitaria y homogénea, como si por la mera existencia de una red comunicacional global de acceso libre (cadenas televisivas, internet, etc.) las sociedades del planeta compartieran en igualdad de condiciones los beneficios de la economía global. En esta perspectiva, ha quedado absolutamente escondida la realidad que muestra claramente a través de indicadores económicos, sociales y culturales que esta

⁵ Hobswaum, Eric. El siglo XX. Ed. Crítica, Bs.As. 2006.

⁶ Mires, Fernando. La rebelión permanente. Ed. S.XXI. Bs. As. 2002.

⁷ Machuan, Marshall. La aldea global : Transformaciones en la vida y los medios de comunicación mundiales en el siglo XXI. Ed. Gedisa, Barcelona, 1996.

supuesta aldea global tiene su Salón Comedor pulcro y abundante y sus áreas de servicio pobres y excluidas.

No se repara en que el orden económico mundial no ha globalizado los beneficios de la revolución científico-tecnológica-empresarial, sino que las diferencias se han ampliado, y no solo entre los países del norte y los del sur del planeta, sino entre los propios países centrales.

Es en este contexto histórico-social, en donde la recuperación de las identidades y su difusión y actualización se vuelven una necesidad imperiosa de cara a una inserción inteligente y lúcida dentro del proceso de mundialización (preferimos este término al de globalización).

A la vez esta recuperación es necesaria para la constitución de proyectos colectivos (políticos, económico-sociales y culturales).

Por eso nos parece relevante recuperar y poner en tensión aquellas definiciones y propuestas de larga tradición en el pensamiento popular de nuestro país, e intentar definir sus alcances y sus posibilidades (si las tuvieran hoy) en un proyecto nacional y popular.

En ese sentido resulta importante recuperar tres postulados que han representado los anhelos y esperanzas de vastos sectores sociales en la Argentina: Independencia Económica, Soberanía Política y Justicia Social. Las denominadas Tres Banderas del peronismo.

Las tres banderas del peronismo han expresado un horizonte que, si bien fue formulado desde una identidad política específica, expresan en perspectiva histórica y sobre todo en la actualidad (y esto nos proponemos demostrar) la posibilidad de constituirse en los principios de acuerdo básico para un proyecto nacional y popular para toda la nación.

B. Las Tres Banderas en el pasado nacional

En su versión original (el del primer peronismo de 1945 a 1955), las tres banderas significaron la expresión de un proyecto popular que se constituía desde el Estado en oposición al proyecto político oligárquico que había construido durante cincuenta años un país que era precisamente el reverso negativo de las tres banderas: la nación dependía económicamente como una cuasi-colonia, sus decisiones en materia de política nacional e internacional estaban condicionadas por las necesidades y requerimientos de una potencia extranjera (Gran Bretaña) y la realidad social mostraba una inequidad creciente que se completaba con la exclusión económica y política de sectores cada vez más amplios de la población.

Esta sociedad de los cuarenta y cincuenta era mucho más homogénea que la actual. El sentido y significado que expresaron las tres banderas del peronismo, fueron así, claros e inequívocos: INDEPENDENCIA ECONOMICA significaba lograr la industrialización nacional y el autoabastecimiento energético nacionalizando los rubros económicos claves en ese sentido y favoreciendo una industrialización sustitutiva con un rol interventor fuerte del estado. LA SOBERANIA POLÍTICA significaba recuperar la toma de decisiones estratégicas de la nación desde y para la propia Nación sin tener que seguir necesariamente al poder hegemónico británico y, para la inmediata posguerra, norteamericano. Este carácter soberano de la política nacional tenía como correlato interno la ampliación de la participación política y la permanente apelación al voto como respaldo de las políticas públicas.

En este período, el logro de las tres banderas del peronismo tenía como sustrato y espacio territorial a la República Argentina. Era, para decirlo gráficamente, un proyecto acotado a nuestras fronteras nacionales. Aún era posible y pensable un proyecto nacional fuertemente autónomo, buscando un destino nacional “en paralelo” con el de otras naciones.

LA JUSTICIA SOCIAL se expresaba en una concepción que dejaba de lado las concepciones “de beneficencia” sobre la acción social, para institucionalizar a través de una legislación social derechos que partiendo del mundo laboral se extendieron paulatinamente a las mujeres, la infancia y la tercera edad.

Una aclaración importante y necesaria: las tres banderas originales no tenían la misma entidad. Una de las tres era más importante que las otras: independencia económica y soberanía política no eran un fin en si mismas: ambas eran las condiciones necesarias para alcanzar la justicia social, verdadero fin último de la acción del estado y sentido final de búsqueda de la realización individual y colectiva para todos los miembros de la sociedad.

En este pilar distintivo (alcanzar y sostener la justicia social como objetivo último al que se supeditan la economía y la política) radicó el carácter revolucionario del programa del primer peronismo y la fortaleza popular de ese proyecto.

Precisamente por ello, por su carácter de oposición a los sectores tradicionales del privilegio y la crítica implacable de instituciones y organizaciones que habían hecho un país elitista a “su imagen”, el primer peronismo no logró transmitir a los demás actores sociales nacionales “no oligárquicos” el emblema de las tres banderas como un “Proyecto Nacional” que los incluía o, mejor dicho, que podía incluirlos aún cuando no fueran peronistas.

El imperativo de defender los logros económico-sociales frente a una elite decidida a no perder privilegios y protagonismo llevó a la trampa del sectarismo, el lugar en donde siempre se mueven mejor los intereses minoritarios. Así, las tres banderas quedaron circunscriptas a las posiciones políticas de un solo partido, dejando al resto del arco político (aún de sectores obreros y populares no peronistas) como opositores al mismo.

Desde allí al consenso para un golpe de Estado había un paso, y la vieja oligarquía lo dio de la mano de los militares con el apoyo de vastos sectores de las clases medias y medias bajas.⁸

C. Las Tres Banderas en los ´70

Luego de casi dos décadas de lucha política por volver democráticamente al poder, el peronismo retornará en 1973 con una propuesta política mucho mas amplia y abierta que la de 1945-55.

Las Tres Banderas de los ´70 no podían significar lo mismo ni alcanzarse de la misma forma que 20 años antes.

INDEPENDENCIA ECONOMICA significaba ahora no sólo la necesidad de profundizar el proyecto de industrialización nacional, sino el de hacerlo utilizando las ventajas de una inversión e intercambio internacional que utilizara la fortalezas de la economía capitalista (particularmente europea) y las del mundo socialista (los acuerdos de la Argentina con la URSS y Cuba de 1973-74 daban cuenta de esto) y las

⁸ Rouquié , Alain. Poder militar y Sociedad///ad política en la Argentina, Emece, Bs.As. 1990.

posibilidades que se abrían a partir de la descolonización para los países del Tercer Mundo.

La Independencia Económica a alcanzar significaba así tomar en consideración variables más complejas en un mundo más heterogéneo y convulsionado.

A la vez, veinte años de golpes militares e inestabilidad política habían deteriorado seriamente la capacidad interna para retomar un Proyecto económico de carácter autónomo. Por esta razón el diseño del Plan Trienal de Reconstrucción Nacional se proponía

“la plena vigencia de la justicia social, no sólo a través de un proceso gradual de distribución del ingreso -alcanzando en 1977 el 47,7 % de la participación de los asalariados en el producto nacional-, sino a través de la modificación de las estructuras productiva y distributiva. El desafío fue la eliminación de la marginalidad social, la desocupación y el subempleo; la expansión de la actividad económica a través de la producción de bienes y servicios que aproveche los recursos naturales del país y el nivel de desarrollo industrial y técnico que ya hemos alcanzado; una alta calidad de vida de tal modo que absolutamente todos tengan cubiertas sus necesidades vitales y culturales básicas; la unidad nacional de las diversas regiones del país; la democratización real a través del gobierno de las mayorías y de la participación popular en las decisiones políticas; la reconstrucción del Estado, la recuperación de la independencia económica y la integración latinoamericana a través de la complementariedad económica y cultural y de la incorporación plena y justa de los trabajadores limítrofes” (Plan Trienal: 13,14,15).⁹

Fue el último intento de un Plan Nacional de carácter inclusivo y popular. Su desarrollo se vio interrumpido por la muerte de Juan D. Perón y la esperanza de su realización, aunque más no sea parcial, completamente perdida con el inicio de la última dictadura militar.

SOBERANÍA POLÍTICA en este contexto significaba mantener y fortalecer las decisiones de índole nacional en un mundo dividido y tironeado por la Guerra Fría y la pretensión de las dos potencias hegemónicas de que los países de sus respectivas esferas de influencia se comportaran como peones obedientes de un juego de ajedrez.

El Peronismo sostuvo activamente en esos años la inserción y apoyo a los proyectos de constitución de bloques regionales a nivel internacional (Ingreso al Bloque de los Países No Alineados, acercamiento con la Comunidad Andina de Naciones) y en particular el acercamiento a las naciones latinoamericanas.

En este sentido la Soberanía Política se enriquecía con el presupuesto de que la Argentina tenía la determinación de elegir estrechar sus vínculos con aquellas naciones que tenían proyectos populares y democráticos, más allá del sistema político que los expresara. Esta posición se basaba en la idea de que más allá de los sistemas había un destino común de los pueblos que estaban en situación de desigualdad por su pertenencia al Tercer Mundo: de allí los acuerdos comerciales con Cuba, Libia, los países de Europa de Este o China, sin dejar de vincularse con la Comunidad Económica Europea y aún los Estados Unidos.

LA JUSTICIA SOCIAL ya no podía alcanzarse solamente garantizando los derechos de los trabajadores. Los trabajadores mismos se habían diversificado: pequeña y mediana industria, gran industria nacional y transnacional, trabajadores de cuello

⁹ Bernazza, Claudia. Tesis de doctorado en ciencias sociales, FLACSO Capítulo Nro. Página 281. En: <http://www.gestionpublica.sg.gba.gov.ar/>

blanco, empleados de comercio, cuentapropistas de clase media, profesores, docentes, profesionales... El universo de trabajadores se había ampliado y complejizado.

También había nuevas y fuertes demandas de participación y equidad por parte de una juventud que se lanzaba a la participación política, social y religiosa con vocación no sólo de ser escuchada sino de decidir y gobernar.

La Justicia Social no podía dejar de lado los nuevos temas: el feminismo y los derechos de la mujer (la revolución sexual y la salud reproductiva), la ecología y los derechos ambientales (es interesante señalar la tempranísima preocupación por las cuestiones ambientales de Perón a fines de los sesenta y principios de los '70), las demandas de educación terciaria y universitaria de acceso universal y las demandas de servicios de salud universal de acceso gratuito.

El significado y el logro de los objetivos simbolizados en las tres banderas requería pues, en una sociedad más compleja, una construcción política más compleja.

A fines de los '60 y principios de los '70 el propio J. D. Perón promovió e impulsó la apertura del peronismo hacia las otras fuerzas político-sociales, dejando claramente estipulado que no había espacio para el sectarismo y que el Movimiento Nacional debía nutrirse y convocar a todas aquellas fuerzas que compartieran las tres banderas, sin exclusiones.

De esta forma, en las dos elecciones del año 1973, el peronismo pasó a ser una fuerza política que incluía, sin hacerles perder identidad, a partidos políticos tradicionales (radicales Yrigoyenistas, desarrollistas, conservadores populares y partidos provinciales) junto a movimientos eclesiales de base, organizaciones juveniles universitarias y de izquierda, organizaciones sindicales y empresariales y toda aquella expresión que propusiera y apoyara un proyecto nacional democrático, inclusivo y plural.

Fue un momento excepcional en donde un líder de carácter popular logra tal consenso político y social que prácticamente no quedan adversarios dentro del campo popular (eventualmente el radicalismo como una expresión opositora pero en franco perfil dialoguista y no confrontativo).¹⁰

El peronismo del 73-74 logró que las tres banderas tuvieran un carácter nacional, pluripartidario, democrático y popular que excedía largamente al propio partido y que borraba claramente el sectarismo y la antinomia peronismo-antiperonismo, aprendiendo de las limitaciones del período 45-55 y acompañando el crecimiento y los cambios de una sociedad Argentina más diversa, plural y libre.

Sólo quedaron "fuera" de este gran frente/encuentro nacional los sectores más reaccionarios del capital nacional y transnacional, aliados con las FFAA, fuertemente imbuidas de la Doctrina de la Seguridad Nacional impulsada por la política hemisférica de los Estados Unidos.¹¹

Este enorme proceso de movilización y apoyo popular de diversas fuerzas sociales, culturales y políticas, sólo comenzó a resentirse por la combinatoria de la muerte del propio líder que la encarnaba, la presión permanente del capital transnacional y oligárquico junto a la creciente intromisión de las FFAA que consideraban todo proceso de movilización social como un precedente que conducía al "comunismo".

¹⁰ Galasso Norberto. Perón. Editorial Colihue, Bs. As. 2005.

¹¹ Rouquié. Alain. Extremo Occidente. Introducción a América Latina, Bs.As., Emecé, 1994.

Completaron este proceso, las propias divergencias dentro del Movimiento Nacional en relación al grado de avance y los límites del proyecto nacional, lo que se tradujo en un progresivo aislamiento y separación de muchos de los actores político-sociales que se habían sentido integrados al mismo.

El nuevo golpe militar de 1976, ya no tuvo como objetivo solamente derrocar a un gobierno peronista, sino que habida cuenta que lo que estaba movilizado en pos del logro de las tres banderas era un conjunto de actores sociales y políticos mucho más amplio, la Junta se propuso a sí misma como artífice de un proyecto de reingeniería social a gran escala, basado en el terror, el disciplinamiento social y laboral y la pauperización de amplios sectores sociales.¹²

D. LAS TRES BANDERAS HOY

¿Podemos y debemos hablar hoy de tres banderas? ¿Pueden seguir siendo guía para un Movimiento Nacional y Popular cada vez más amplio?

Adelantamos presurosamente una respuesta: sí. Y quizás hoy más sí que nunca. También es necesario aclarar: esa afirmación requiere fundamentos y debate.

Tres grandes procesos se combinan en nuestro país para que necesitemos aclarar porqué decimos sí en forma tan enfática:

1. la historia reciente;
2. la globalización;
3. el estallido del 2001.

La historia reciente: Dos procesos claves de nuestra historia reciente han impactado sobre el peronismo en particular y sobre todo el campo nacional y popular en general, particularmente en sus aspectos identitarios y simbólicos.

La dictadura militar de 1976 a 1983, con una retórica de la guerra fría que hacía hincapié en el peligro del socialismo y el comunismo y pretendiendo “salvar” a la nación de un confusamente definido proceso de disolución pre-revolucionario; se dedicó en realidad prolija y sistemáticamente a destruir física e ideológicamente a todas aquellas personas, instituciones, partidos, organizaciones sociales, confesionales, sindicales y comerciales que se identificaran o propugnaran una democracia de carácter popular y nacional.

Su propia autodenominación como “Proceso de reorganización nacional” expresaba claramente el objetivo último de la dictadura: eliminar toda forma de acción política y movilizadora que remitiera precisamente a los principios expresados en las tres banderas.

De esta forma, el Plan sistemático de desaparición de personas, la prohibición de toda actividad política, el férreo control de los medios de comunicación y de la expresión cultural, la destrucción de la Universidad Pública y el empobrecimiento de los niveles de

¹² Walsh, Rodolfo. Carta abierta a la Junta militar, Ancla, 24 de marzo de 1977.

enseñanza y Salud se inscriben en un proyecto con dos objetivos claves: desmovilizar a la sociedad y eliminar las trabas al despliegue del capitalismo de carácter concentrado nacional y transnacional.

Durante esta última dictadura militar la Independencia Económica quedó en manos de la especulación financiera, la Soberanía Política en el fiel cumplimiento y seguimiento de los dictados de la Potencia Hegemónica (llegando al extremo de enviar soldados argentinos a reprimir movimientos populares en América Central) y la Justicia Social en un reinado del terror vinculado a la destrucción y regresión de la legislación laboral, cero tolerancia a la pluralidad de ideas y el deterioro planificado de las condiciones de vida populares.

La represión se abatió sobre todo el campo popular y, si bien se ensañó especialmente con el mundo de la organización y la militancia obreras¹³ sus efectos se hicieron sentir fuertemente en las Universidades y la enseñanza en general, los medios de comunicación y los liderazgos políticos, sociales y religiosos.

A los efectos del largo plazo de la Dictadura Militar en materia de movilización y liderazgo social y político debemos agregarle los sucesivos fracasos, a partir de la restauración democrática, de gobiernos surgidos del voto popular para garantizar independencia económica, soberanía política y, en particular, Justicia Social.

Sin embargo por sus efectos sobre la realidad económico-social y, en especial en su impacto simbólico, será la década del '90 aquella en la que el propio peronismo desdibuje hasta límites impensables el significado de las Tres Banderas.

Lo que se ha dado en llamar el menemismo desarrolló una práctica política y una gestión de gobierno que en algunos aspectos (por ejemplo la política de privatizaciones y desregulación laboral) profundizó los "logros" de la propia Dictadura.

Durante este período, la Independencia Económica desapareció como tal: los sucesivos programas económicos se basaron en una convertibilidad que hacía desaparecer el valor simbólico de la moneda nacional y la reemplazaba por el dólar. Las principales empresas estatales, muchas de las cuales se habían constituido durante el primer y segundo peronismo, se vendieron en medio de procesos fuertemente sospechados de corrupción¹⁴ y a precios viles: el petróleo, el agua, el gas, la electricidad, los teléfonos, los puertos, las rutas, los servicios de transporte, los astilleros, entre muchos otros, fueron entregados al capital privado.

Los cuadros de conducción de la autoridad económica quedaron en manos de representantes de fundaciones privadas, asociadas fuertemente con universidades y Centros de Formación extranjeros; funcionando en la práctica más como *lobbyistas* que como responsables de la economía nacional.

Los Organismos de crédito internacionales se transformaron en la práctica en verdaderos veedores y gestores de la política económica y financiera, señalando los límites entre los cuales debía moverse la nación en materia de inversiones, toma de deuda, pautas salariales, legislación laboral, déficit fiscal, etc.

¹³ Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, Eudeba, 1985.

¹⁴ Aspiazu, D y Basulado, E.M. Las privatizaciones en la Argentina. Concentración de Poder Económico e imperfecciones de mercado. Ed. Oikos, Bs.As. Facultad de Ciencias económicas-UBA, Año III, nro 8, 1995.

El relegamiento de la autoridad política a un plano secundario en relación a la autoridad económica, llevó a una fuerte desvalorización del rol de lo político.

La soberanía política se perdió en un seguimiento obsecuente de las políticas de la potencia hegemónica: durante el menemismo, la Argentina se retiró del Movimiento de países NO Alineados, canceló sus programas de asistencia nuclear y militar con países del Tercer Mundo, participó de coaliciones que ensangrentaron países del Tercer Mundo (Primera Guerra del Golfo por ejemplo) y envió, en un gesto patético, ositos de peluche a los ocupantes colonialistas del territorio argentino en las Malvinas. La Argentina tenía, según la propia definición del Ministro de relaciones exteriores del momento “una relación carnal” con los EEUU.

NO se han podido registrar ni siquiera las ventajas de este alineamiento ni desde la óptica de la “realpolitik”.

Como resultado del abandono de las dos banderas, por fuerza debía deteriorarse la tercera, la esencial del peronismo: La justicia social.

En aras del mantenimiento de un esquema económico cuyas cifras “macro” se consideraban del primer mundo, la desregulación laboral dio por tierra con la legislación que garantizaba niveles de empleo elevados, facilitando la expulsión de trabajadores del mercado laboral y la disminución de los beneficios salariales y sociales de los mismos.

A esta tendencia se le sumaron los procesos de expulsión de personal de las empresas privatizadas, con planes de retiro voluntario que proponían solamente el cobro de una indemnización sin posibilidad de reinserción laboral.

Al mismo tiempo, la paridad un peso = un dólar junto a la apertura indiscriminada de las importaciones generaron un proceso de desindustrialización nacional que expulsó trabajadores e impidió incluir a aquellos que debieran haberse iniciado en el mundo y la cultura del trabajo. Resultado: en un gobierno peronista las tasas de desocupación y subocupación crecieron a niveles nunca antes alcanzados.

Las sucesivas reformas y achiques del aparato estatal redujeron sensiblemente la capacidad del estado para regular y por orientar a la economía y, más grave aún, la calidad y alcances de los sistemas de salud y educación, incrementando los indicadores de desnutrición, mortalidad infantil y analfabetismo.

Terrible paradoja de nuestro país a fines de los '90: Los indicadores macroeconómicos (niveles de inflación, valor de la moneda, equilibrio presupuestario, producto bruto interno) eran del “Primer Mundo” y los indicadores sociales (la verdadera bandera histórica del peronismo) del “Cuarto Mundo”.

Un ejército de desempleados, subempleados, cartoneros, niños y jóvenes en las esquinas y semáforos limpiando vidrios de autos, eran la contracara de las autopistas relucientes, la proliferación de bancos y barrios privados cerrados a todo público, junto a la exhibición obscena de una vida de lujo y despilfarro por parte de la clase política y la farándula en revistas de ricos y famosos.

Millones de argentinos “cayeron” debajo de la línea de pobreza e indigencia y, algunos cientos de miles pasaron a vivir en la superabundancia y el lujo.

A estos efectos económico-sociales de los noventa, debemos agregarle un efecto simbólico de carácter cultural: el desprestigio, descreimiento, desconocimiento y olvido

de la relevancia que tuvo en el peronismo y a través de él en el movimiento nacional y popular de los principios resumidos en las tres banderas.

Para buena parte de las nuevas generaciones que se sumaron a la política (y no sólo en el peronismo por supuesto) durante los noventa, la actividad política tenía como objetivo el ascenso social....de los propios políticos y en realidad no tenía mucho que ver con ser el vínculo entre los deseos y aspiraciones del pueblo de la nación y el Estado como herramienta de mejora social.

Así, a los efectos represivos y desmovilizadores de la Dictadura Militar (evidenciados en la desaparición de toda una generación de líderes político-sociales) se le debe agregar los efectos desideologizadores de la política de los '90, con el menemismo a la cabeza: las desapariciones de la dictadura se combinan con la desaparición de la mirada nacional y popular sobre el tipo de sociedad que queríamos construir.

2. LA GLOBALIZACIÓN

En esta búsqueda de re-situarnos en el significado y la actualidad de las tres banderas, es necesario tomar en cuenta también las modificaciones y los cambios que se dan más allá de nuestras fronteras y calibrar sus consecuencias y efectos.

Hoy se nos presenta la globalización como un proceso de integración a escala universal de las economías, la política y la cultura.

Conviene detenerse brevemente en un tema que ha sido presentado bajo dos aspectos que no hacen sino reiterar confusiones y actitudes que ya nos han afectado en el pasado: a. Lo global como inevitable y b. El carácter positivo de sus efectos y alcances.

La globalización como un proceso inevitable: En este sentido, se presenta a la globalización como un proceso nuevo e indetenible cuando en realidad varios autores¹⁵ señalan que es un largo proceso de universalización de las fuerzas económicas que comienza con la expansión del capitalismo europeo en el siglo XV.

Es importante señalar este carácter procesual, porque las versiones previas de la globalización actual (su versión mercantil en el S. XVI, su versión industrial-financiera de fines del S. XIX y XX) nos llevan a poner el acento sobre los efectos de esos procesos históricos: genocidios en América, Asia y África, procesos de transculturación, de explotación económica y social y distorsiones económicas, sociales y culturales que aún hoy nos siguen afectando.

La globalización actual es por lo tanto, hija de los procesos anteriores. Tampoco es un proceso de intensidad uniforme sino que ha tenido períodos de mayor expansión e intensidad y períodos de retracción y deterioro (por ejemplo la crisis de 1930 y su

¹⁵ Feinmann, José Pablo. La filosofía y el barro de la historia. Clase 14: "Marx: el fetichismo de la mercancía", suplemento página 12, agosto 2006.

Hobsbaum, Eric. El siglo XX, Ed. Crítica, 2006.

impacto en la economía mundial o el impacto del despliegue del campo socialista durante el siglo XX.)

Hecha esta primera e importante aclaración, reparemos en algunos de los significados actuales de lo que se denomina globalización: ¿qué se define como la globalización? Se habla de una globalización a partir del acceso a la información, al derribamiento de fronteras tecnológicas, al hecho conocido al instante. Esta concepción nos señala una globalización en donde todos tendríamos acceso a todo, dejando en la penumbra el hecho de que la globalización tiene, también sus beneficiarios y perdedores.

La globalización tiene un "centro". No es simplemente un espacio único¹⁶ total. El poder bélico, las grandes empresas comunicacionales, las compañías transnacionales están dirigidas y sostenidas desde los países centrales y no desde la periferia. Un mundo global que no tiene un "centro", sería un mundo igualitario y simétrico. Basta con ver los estándares de vida en los países industrializados del Norte y los del Sur para comprender la debilidad de ese argumento.

¿Qué implica esta globalización para nosotros en América Latina?

Nosotros nos globalizamos pero no como sujetos activos y parte simétrica de un todo equilibrado. La globalización implica para nosotros una globalización en extrañamiento. La imagen, la economía, la ideología, la cultura global es la del centro, no la nuestra y, en ese sentido ingresar a la globalización "en abierto" nos pone en el riesgo cierto de ser arrasados por la marea global. En palabras cortas y concretas, en dejar de ser nosotros para ser lo otro, y, además, lo otro periférico.¹⁷

Así, América latina se une por medio de la dominación, en exterioridad, como parte sometida del Todo global. Así, el proceso actual vendría a continuar con aquel proceso iniciado en la conquista, continuado con la colonización española y afianzado con el pacto neocolonial de fines del S. XIX y principios del XX.¹⁸

La globalización es, por tanto, unidireccional.

La Revolución comunicacional es la punta de lanza de este proceso globalizador y en este sentido es una gran generadora de conceptos e identidades que ponen en tensión y en riesgo de disolución a las identidades nacionales de todo tipo (culturales, étnicas, lingüísticas, literarias, etc.). Las identidades nacionales son leídas desde el proceso globalizador sólo como obstáculos y no como espacios societales de riqueza y diversidad cultural.

Junto con la puesta en discusión de la razón de ser de las naciones, la globalización pone énfasis en atacar permanentemente al concepto de regulación y a la idea y rol del de un Estado regulador de carácter nacional. Lo primero que surge de esto es un debilitamiento considerable en la soberanía de los Estados.

De este modo, caen los Estados Nacionales, las identidades nacionales, los aranceles proteccionistas y -con ellos- cualquier posibilidad de un desarrollo industrial

¹⁶ Negri, Toni y Hardt, Michael. Imperio. Paidós, Barcelona, 2002.

¹⁷ Feinmann, José Pablo. La filosofía y el barro de la historia. Clase 12: "El manifiesto comunista y la globalización". Suplemento página 12, agosto 2006.

¹⁸ Mires, Fernando. La rebelión permanente.op.cit.

autónomo, de una producción y un mercado de trabajo y consumo autónomos y desaparecen también (o, al menos, así debiera serlo) las banderas nacionales.

Como bien señala J. P. Feinmann hay una "Historia Oficial" del siglo XX en donde...."Regulación" se identificó con "Estado", "Estado" con "intervencionismo", "intervencionismo" con "nacionalismo", "nacionalismo" con "totalitarismo", "totalitarismo" con comunismo y nacionalsocialismo, esas "realizaciones" del Estado-nación en el criminal, genocida siglo XX. Con la caída del Muro los teóricos del (libre)mercado (al que identifican, por ser "libre" y "múltiple", con la democracia) instauran una "historia oficial" del siglo XX que puede leerse así: Hitler (Estado totalitario nacionalsocialista) y Stalin (Estado totalitario comunista) han sido derrotados por la causa de la libertad." ¹⁹

En este relato en donde se vincula intervencionismo con totalitarismo y falta de libertad "en todos los casos", se trata de incluir como totalitarios y dictatoriales a todos los procesos político-sociales en donde los pueblos eligieron tener algún control de las fuerzas productivas y las riquezas nacionales, para volcarlos a mejorar las condiciones de vida en general y, por ende, reticencias a ingresar sin más a una economía global diseñada y ejecutada desde el centro.

A esa concepción de lo estatal-nacional como problema, el complejo comunicacional global le añade una permanente glorificación e imagen positiva para los gobiernos y modelos económicos que proponen el libremercado, señalando las ventajas de "abrirse" sin más al mundo global y la necesidad de reducir, limitar o terminar completamente con el intervencionismo estatal.

De esta manera el mercado libre regido por las leyes de la economía es el ideal de una sociedad que quiera ser realmente libre, y por contraste la política, lo público y el estado son obstáculos que se interponen entre la felicidad de los pueblos.

La política nacional es, en este esquema, un obstáculo y debe ser conducida por la economía y no al revés.

3. La crisis del 2001 en la Argentina

La crisis de 2001 marcó, según la mirada de no pocos autores un "fin de época"²⁰ tanto por sus características económicas, y más relevante aún, porque puso en cuestión la estética y la simbología de los noventa y los principios y fundamentos de del orden societario neoliberal para nuestro país.

Siguiendo puntillosamente ese recetario neoliberal, que prometía el uno a uno (un peso equivalente a un dólar) primermundista para siempre, y por ende, los beneficios de una sociedad de consumo ilimitado para todos; la Argentina se encontró a fines del 2001 con un dólar que subió el 260% en pocos días, un incremento del costo de vida del 37,8%, más del 50% de la población nacional en situación de pobreza, el derrumbe de los indicadores de consumo y comercio exterior y, finalmente la toma de los depósitos y ahorros de la población (en particular de la clase media) que se vio de golpe y por

¹⁹ Feinmann, José Pablo. La filosofía y el barro de la historia. Clase 46- El fin del Posmodernismo.

²⁰ García Delgado, Daniel. Estado, Nación y la crisis del modelo. El estrecho sendero, editorial Norma, 2003. Borón, Atilio. Tiempos violentos. Tiempos violentos, neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina, CLACSO, Bs.As. 2004.

Svampa, Maristella. La sociedad excluyente, Taurus, Bs.As. 2005.

primera vez en la historia de la nación, compartiendo (aunque en distinta medida y con diferentes efectos) la situación de despojo a la que la clase trabajadora y los sectores populares en general fueron cíclicamente sometido por los proyectos oligárquicos en la Argentina.²¹

El impacto sobre las instituciones y la credibilidad de la clase política (hasta ese momento casi ciega y hasta suicida en su apego a las recetas y propuestas neoliberales) provocó una situación de extrema inestabilidad política e institucional, que tras una respuesta represora de carácter brutal (26 muertos en la semana del 19 de diciembre del 2001) dio paso a la búsqueda de alguna forma de estabilidad política que permitiera una salida dentro del sistema institucional. La sensación generalizada no era sólo que la política, la democracia y las instituciones habían fracasado sino que la viabilidad de la Nación misma estaba en juego.

Tan profunda fue la crisis, que la propia simbología de una cultura neoconservadora reinante en la Argentina desde la última dictadura militar comenzó a verse socavada.

La preocupación por las cuestiones referidas al estado de la educación y la salud pública (repentinamente recuperadas como posibilidad/necesidad por los sectores medios), el retorno de y a las marcas nacionales, la reducción del consumo en *shoppings* y Centros Comerciales, la desbancarización (retiro de depósitos y devolución de tarjetas de crédito por parte de los usuarios) pusieron nuevamente a las clases medias en “situación nacional”, dejaron de verse como ciudadanos del mundo (expresado por ejemplo, en la elección del destino para las vacaciones, invariablemente extranjero durante los noventa).

La fiesta de despilfarro y lujo exacerbado cobró de golpe, para este segmento (que se creía destinado a, y parte del primer mundo mismo) su verdadera dimensión: su destino no era compartir las playas y los lugares de la elite de los ricos y famosos sino por el contrario el destino de incertidumbre laboral, de ingresos y de ahorros de los sectores populares.

Encontrarse, de golpe, en los mismos espacios públicos y con las mismas necesidades de servicios. El mundo individualista y privatista que había encarnado tan fuertemente en el imaginario de la clase media y clase media baja mostró su helado e implacable rostro, destinando al mundo de la exclusión a aquellos ineficientes o ineficaces en el medio de la crisis.

Para los sectores populares, la crisis significó la continuidad de una lucha que fue, en este caso el de la existencia física misma: muy concretamente, en la nación que puede alimentar a 400 millones de personas, el hambre y la lucha cotidiana por la subsistencia y el acceso cobraron una urgencia enorme. Precisamente allí, en el mundo de los trabajadores desocupados, en los cordones del conurbano bonaerense y rosarino, la crisis mostró que en un espacio social y económico mucho más vulnerable las prácticas y búsqueda de soluciones colectivas recobraban todo su valor y potencia: los piqueteros (en realidad organizaciones de trabajadores desocupados con sus familias) se enfrentaron con organización a los efectos más perversos de la crisis: crearon comedores, escuelas, emprendimientos, recobraron fábricas y a la vez desarrollaron

²¹ Calcagno, Eric y Calcagno, Alfredo. Argentina: derrumbe neoliberal y proyecto nacional. Le Monde Diplomatique, Buenos Aires, febrero 2003.

fiera y exitosamente formas de expresión colectivas para presionar a los poderes públicos a tomar en cuenta la dimensión y profundidad de la crisis.

La recuperación del espacio público no solo se limitó a la ocupación física sino a la recuperación y puesta en valor social del protagonismo político y no político, la deliberación pública como forma de búsqueda de soluciones, la recuperación de valores solidarios, de la ética colectiva y el desarrollo de una conciencia que miraba mucho más críticamente los efectos económico-sociales de la sociedad de mercado.

Lo público como valor puso en cuestión y a la defensiva a la concepción mercadocrática del ciudadano como individuo consumidor, para reinstalar la idea del bien común, la pertenencia a una comunidad y, en última instancia a una nación.²²

La crisis del 2001 clausuró por la fuerza de los hechos económicos y sus visibles consecuencias sociales y políticas el ciclo neoconservador que se iniciara durante la última dictadura militar, y tan o más importante habilitó la posibilidad de retomar principios de organización económico-social que antes estaban limitados a los sectores considerados populares y que ahora podían expresar también a los sectores medios y medios bajos.

E. VOLVIENDO A LOS ORÍGENES: LAS TRES BANDERAS HOY

Como hemos esbozado previamente, un modelo nacional y popular para la Argentina se halla hoy en una encrucijada donde se encuentran los efectos de la Historia reciente post-dictadura militar, el proceso de universalización económica, social y cultural llamado globalización y los resultados y aprendizajes sociales y políticos de la crisis del 2001.

En esta encrucijada proponemos recuperar las nociones subyacentes en la idea de las tres banderas y resignificarlas de cara a la recuperación de un proyecto nacional para el siglo XXI.

Así como las tres banderas no podían significar lo mismo en los '70 que lo que significaron en la década de 1940-50; después de la última dictadura, la década menemista y el proceso de globalización las tres banderas tendrán por fuerza nuevos significados y, por ende, demandarán nuevas formas de acción política para llevarlas a cabo.

Cuáles son los principios "permanentes" que sustentan hoy la idea de independencia económica, soberanía política y justicia social:

En primera instancia la idea de que los habitantes de un territorio, llamémosle nación, comparten una historia, presente y destino común como miembros de una misma comunidad o sociedad. Esa comunidad de sentido no se expresa en abstracto sino que tiene un correlato específico y concreto: por ser miembros de la nación, ciudadanos de una misma comunidad, les caben derechos (económicos, sociales, culturales, políticos, etc.) que deben ser alcanzados mínimamente por TODOS sus miembros.

Así, la Justicia Social, no remite a una actividad meramente "social", sino a la constitución de un orden económico y político que garantice equidad de acceso a todos

²² García Delgado, Daniel. Ética, desarrollo y región. Hacia un regionalismo integral. Grupo Farrel, CICCUS, 2006.

los bienes individuales y sociales desde el respeto a las particularidades que puedan tener hoy los habitantes de la nación.

Hoy, la Justicia Social tiene como sentido alcanzar equidad en términos materiales y legales (ambos se retroalimentan) para que todas las expresiones sociales, políticas y culturales se sientan parte de una nación: a los principios "clásicos" asociados a la justicia social: trabajo, vivienda, salud, educación, ingresos mínimos, debemos agregarles el acceso a los bienes culturales, el respeto a las minorías étnicas, a las elecciones de género, a las diferentes expresiones de los principios y movimientos ambientalistas. El desafío es mucho mayor que en épocas previas, pero las herramientas tecnológicas y los recursos materiales son también mayores. La diferencia la harán las decisiones políticas que se asientan precisamente en definiciones sociales de carácter fuertemente cultural: cuán internalizado y convencidos estén todos los miembros de nuestra comunidad de que es deseable desarrollar una nación en donde todos sus miembros se sientan y estén incluidos en un modelo de desarrollo integral.

Sobre y contra esta concepción social y cultural de la equidad, el equilibrio, la inclusión y las garantías y derechos han operado durante los últimos 30 años la Dictadura Militar, el neoliberalismo en los sucesivos gobiernos y el proceso de globalización a nivel planetario.

La Independencia Económica no podrá ser ya la propuesta de alcanzar una economía nacional cerrada en sí misma, ni un proyecto desarrollista basado en la inversión extranjera a la espera de alcanzar un desarrollo industrial similar a los países centrales por esa vía. Cerrarse o abrirse completamente no son opciones para un mundo que financiera y productivamente está "deslocalizado"²³. *"Los países periféricos no tienen economía, la economía los tiene a ellos... y la política no está en el mercado, está (hoy, para nosotros) en el Estado-regional, en una formación social y política latinoamericana que impida que el CA (Capital Acreedor) nos presione de uno en uno, dominándonos. Y la validación (legitimación) del Estado-regional sólo se logrará recurriendo a las víctimas (a "todas" las víctimas) del (libre) mercado"*²⁴ Así, la Independencia Económica remitirá no tanto a cuán aislada esté la economía nacional sino a que nivel de sustentabilidad económica tienen los modelos productivistas de carácter inclusivo en un territorio nacional junto a y articulados con espacios económicos de alcance regional (MERCOSUR y ALBA).

La Independencia Económica se verá consolidada en la medida en que el Estado nacional, provincial y municipal tenga los instrumentos de gestión, control y promoción de la actividad económica "desde" las necesidades nacionales y no al revés. Mayor rentabilidad y mayor inversión nacional y extranjera (aún de carácter financiero y no estrictamente productivo) no son "en sí" factores que ponen en riesgo la Independencia Económica si el Estado tiene la capacidad de transformar en políticas para el desarrollo los anhelos de equidad e inclusión que los habitantes de la nación expresan a partir de la idea y los valores de la Justicia Social.

La experiencia de los países de América Latina de los últimos 30 años ha dejado demostrado en la práctica que el control sobre los principales recursos energéticos de la nación por parte del Estado, el desarrollo de políticas de control financiero y aduanero junto con políticas monetarias que favorezcan la producción industrial y la exportación de bienes industriales y *comodities* son, por lejos, una garantía de estabilidad, mayor empleo y por ende, equidad, que las políticas basadas en la desregulación y desestatización del recetario neoliberal.

²³ García Delgado, Daniel. Op.cit.

²⁴ Feinmann, José Pablo. La filosofía y el barro de la historia. Clase 46- El fin del Posmodernismo.

*“La política de recuperación y ordenamiento requiere instalar un nuevo patrón de acumulación centrado sobre los sectores de la producción y la infraestructura económica y social. Esto implica la conformación de un sistema industrial avanzado, integrado al mundo sobre la base de la especialización intraindustrial y la incorporación masiva del conocimiento en el tejido productivo y social del país, con inclusión de valor agregado en la producción primaria. Un sendero de recuperación y crecimiento requiere la expansión simultánea del mercado interno y de las exportaciones. Para ambos fines, es indispensable y posible aumentar la tasa de inversión en un nivel que viabilice un crecimiento sostenido de la producción. El ahorro interno es la fuente principal de financiamiento de la inversión y, como sucede en la economía mundial y en los países exitosos, la inversión extranjera es un complemento - nunca un sustituto - del ahorro e inversión domésticos, y deberá materializarse principalmente bajo la forma de aportes de capital de riesgo.”*²⁵

Qué no se trata de una utopía imposible lo demuestran las previsiones del Plan Fénix (2001) que en relación, por ejemplo al crecimiento del PBI y caída del desempleo ya se han cumplido: *“...en el contexto de las políticas propuestas en el Plan Fénix, en los próximos cinco años (2003-2007), el PBI puede aumentar en una tasa acumulativa anual del 6%, y el desempleo disminuir a menos de dos dígitos. El aumento del ingreso permitiría, simultáneamente, diseñar e implementar una política social que enfrente las necesidades más urgentes y estimule el trabajo y la participación. En el corto plazo, la corrección de variables desajustadas por los aumentos de precios y cambios en los precios relativos, debe incluir la recomposición del salario real. Es así posible reducir la indigencia del 16% a menos del 2% de hogares en el primer año y reducir la pobreza en niveles substancialmente inferiores a los verificados en la década de los '90, en un período de cinco años.”*²⁶

La reducción de la brecha distributiva está aún pendiente y sólo podrá alcanzarse profundizando un modelo económico en donde la independencia económica se centre mayoritariamente en una economía basada en un proceso de desarrollo integral de corte productivo, donde las economías locales, regionales y nacional se complejicen y asocien en cadenas productivas que permiten agregar valor a la producción de carácter nacional, y donde la miríada de emprendimientos micro, pequeños y medianos que resultaron en una estrategia “defensiva” frente a los efectos perversos del colapso neoliberal se integren a una economía cada vez más formal e inclusiva.

La Soberanía Política tampoco puede ser ya la construcción de una política exterior individual-nacional. Los países buscan mejorar sus posibilidades de inserción en o la forma de morigerar los efectos de la globalización a través de la constitución de bloques regionales en donde se compatibilicen intereses y se multipliquen políticas de desarrollo productivo. El peso que tienen los países europeos en los asuntos mundiales no depende ya de su existencia como naciones sino de su organización “comunitaria” en Europa.

Para el caso de la Argentina nuestra soberanía política se verá claramente aumentada en la medida en que los bloques regionales en América del Sur (MERCOSUR, Comunidad Sudamericana, ALBA) se fortalezcan y expandan, pasando de ser mercados comunes a ser verdaderas comunidades de naciones latinoamericanas con objetivos comunes en materia de política exterior, de política social y hasta con la construcción de órganos legislativos de carácter plurinacional.

²⁵ García Delgado, Daniel. Op.cit

²⁶ Hacia el Plan Fénix, diagnóstico y propuestas. Una estrategia de reconstrucción de la economía argentina para el crecimiento con equidad”. Plan Fénix. Propuestas para el desarrollo con equidad. UBA. En: <http://www.econ.uba.ar/planfenix>.

La contraprueba del éxito de esta construcción en bloque regional para América latina, es la contra-oferta por parte de las naciones centrales de alcanzar acuerdos económicos punto a punto (por ejemplo el ALCA) ó las resistencias y advertencias de las naciones centrales cuando comienzan a alinearse países de América Latina en nuevos bloques regionales (inclusión de Venezuela y Bolivia en el MERCOSUR o las críticas a la propuesta del ALBA encabezada por Venezuela, Cuba y Bolivia. Paradójicamente, la soberanía política será mayor cuanto mayor sea el proceso de integración en América Latina. En un mundo multipolar (Japón y China por un lado, los EEUU por otro, Europa y su comunidad) las naciones que permanezcan "solas", en especial si pertenecen al Tercer Mundo, sólo podrán tener como destino el tener "relaciones carnales" con alguna potencia o el pasar a ser un territorio destinado al olvido y la desinversión por falta de peso económico y político.

Soberanía política significa hoy, por lo tanto, retomar la identidad nacional, ante todo desde un territorio, un territorio propio en términos físicos y simbólicos. Identidad nacional mediada en espacio y en cultura.

Esta frontera espacial y cultural requiere una gobernabilidad, tema que nos lleva al del Estado-Nación o, si se quiere, al Estado nacional.

Este estado nacional deberá ser recreado y sostenido por la movilización ciudadana y popular. La política como condición de acceso a la gestión de un Estado Nacional está siendo lentamente reconstituida y deberá profundizarse este proceso para defender el Estado nacional de las presiones de los poderes constituidos en la actual globalización totalizadora.

Para nosotros, y retomando lo que hemos señalado en párrafos anteriores un Estado-nación con estas características, (luego de los catastróficos resultados del mito globalizador) debe crear una comunidad regional, unirse a otros Estados-nación y bregar por un espacio latinoamericano.

Quizás estemos en el momento histórico que permita que un arco de actores sociales, políticos, económicos, confesionales, de la cultura y de las más variadas identidades y diferentes orígenes, coincidan en un ideario a realizar en donde justicia social, independencia económica y soberanía política sean ya mucho más que el patrimonio exclusivo de un partido para pasar a ser el acuerdo fundante de un Proyecto Nacional de carácter popular con una agenda nacional de mediano y largo plazo, medidos en décadas más que en los cortos plazos de cada gobierno.

La Plata, 2007.